

Olor a muerte

Jonathan Minila Alcaraz

—*Rubén.*— Rompió la noche Don José, desde la otra cama.— *Por favor, despierta.*

Rubén abrió los ojos, y se sacudió el sueño.

—*¿No te huele a muerte?*— Preguntó Don José.

—*No huelo nada.*— Contestó Rubén.

—*Fíjate bien; algo huele a muerte. Estoy seguro.*

—*Debe ser una alucinación suya; la muerte no tiene olor.*

Mejor duérmase.

—*No puedo; no me deja en paz ese olor.*

—*Entonces vaya a ver qué es.*

—*No Rubén, tengo miedo; mejor ve tú.*

—*No puedo; aún el sueño me pesa en los párpados y no entiendo nada.*

—*Ve Rubén, por favor, te lo ruego.*

—*Pero a dónde.*

—*A buscar la muerte para que se aleje.*

—*No veo por qué me vaya a hacer caso a mí.*

—*Eres joven, Rubén; debe hacerte caso. A mí me da miedo.*

—*¿Miedo? No veo qué pueda hacerle.*

—*Llevarme, Rubén, y yo no quiero irme.*— Respondió Don José con la voz entrecortada.

—*Entonces duérmase, y haga de cuenta que no huele nada.*

—*No es tan fácil, Rubén; el olor no me deja tranquilo.*

—*Inténtelo por favor; yo tengo mucho sueño y su miedo no me deja dormir.*

Rubén cerró los ojos.

—*Pero cómo puedes dormir, Rubén, con esta peste. Todo huele mal; huele a muerte por todos lados.*

—*¿Por qué no se tapa la nariz y olvida la muerte de una vez por todas?*

—*Ah, ¿pero te parece tan sencillo negar la muerte?*

—Me parece sencillo dormir, Don José. Mañana tenemos que despertar temprano para salir de aquí sin que nadie nos vea.

Rubén, un joven de apenas 20 años, se dio la vuelta y se envolvió por completo hasta el rostro para no dejar entrar por ningún lado la voz de Don José.

Aquel viejo no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Pensó en hablarle de nuevo para compartir su angustia, pero era inútil insistir. Mejor hubiera sido salir a caminar un poco, pero no. Con la muerte rondando por ahí, no iría ni al baño. Sería mejor esperar al amanecer, aunque el olor fuera insoportable. ¿Cómo no lo había notado Rubén? Quién sabe. Tal vez como él decía estaba confundido. Pero era tan fuerte el hedor que no podía ser creación de su mente. No cabía la menor duda; era la muerte; sólo ella podía desquiciarlo así.

Su estómago comenzó revolverse, y todo a darle vueltas. Un sabor dulzón le invadió la boca, y estuvo a punto de vomitar bajo unos espasmos que intentó reprimir pensando en otra cosa. Imposible hacerlo. Aquella peste no le permitía pensar en nada más.

Ojalá hubiera cumplido su promesa. Por no hacerlo ahora tenía que soportar aquello que no se controlaba con nada. Por que ya lo había intentado todo. Respirar por la boca, cubrirse con la almohada, con las cobijas; y nada. Por un momento le cruzó la idea de arrancarse la nariz, pero no serviría tampoco; aquella peste iba más allá. Entraba por los poros, y caminaba bajo la piel para absorberlo por dentro.

¿Por qué le hizo caso a Rubén cuando le pidió que robaran juntos en la casa de Doña Asunción, si ella ya era muy vieja?

Ese era el castigo. Soportar la muerte que venía para martirizarlo y derretirlo en la desesperación. ¿Por qué no llegaba a él, como siempre lo había hecho con los otros, de un solo golpe?

Sí hubiera soportado la tentación todo habría sido diferente. Estaría en su casa dormido junto a su perro “Mono” que quería tanto. Pero no. En cambio ahora “Mono” se quedaría sólo por siempre, y él ahí, soportando el asco y las nauseas. Soportando los ronquidos de aquel joven que lo había llevado a la desgracia. Todo parecía un mal sueño; una pesadilla terrible. No hay nada peor para la oscuridad que el pavoroso olor de la muerte. ¿Cómo arrancarlo del aire? Quizá huyendo de ahí. Alejándose de ese pueblo maldito donde no había aprendido otra cosa que maldad. Por que desde niño había robado y hecho cosas horribles. Sin embargo, nunca matado a alguien.

¿Por qué no cumplió su promesa?

Iba a ser otro en sus últimos años. Iba a vivir como cualquier gente intentando recuperar la tranquilidad de su alma. Pero no; no cumplió. Si lo hubiera hecho estaría tranquilo en la oscuridad, que a pesar de que hubiera sido igual a ésta, no habría sido la misma. Sería dulce, suave; de buena voz. Y es que la tentación había sido enorme. ¿Todo para qué? Para no encontrar nada. Ni oro, ni joyas, ni nada. La vieja estaba pobre como él siempre lo imaginó. Y como se lo había dicho a Rubén.

—*Esa vieja no tiene nada.*

—*¡Vaya que tiene!*— Replicó este.— *¡Tiene oro! Me lo ha dicho Juan; su madre la conoce bien.*

No pudo decir que no. Se imaginó la cantidad de oro, y una buena vida para sus últimos años. Y es que, ¿cuántas historias no había escuchado antes? Siempre resulta que los viejos guardan bajo el colchón cantidades impresionantes de dinero. Jamás pensó que él mismo era un viejo y no tenía nada.

Todo salió mal.

Entraron en silencio como lo habían planeado, pero Doña Asunción los escuchó. Salió corriendo de la habitación y los atacó con su bastón sin saber dónde golpeaba por que no llevaba sus gafas. La hubieran amarrado, pero los nervios complicaron las cosas. Rubén la empujó, y Don José, la golpeó en el rostro con la estatua de piedra que encontró a la mano, sobre un mueble viejo de forma incierta, y atiborrado de polvo.

—*No importa.*— Dijo Rubén cuando la vieja dejó de moverse en el suelo, sobre un impresionante charco de sangre.— *Busquemos el oro y larguémonos de aquí.*

No encontraron nada. Buscaron en las habitaciones, revolvieron todo, y nada. ¡No había oro! Ni una moneda. Mataron a la mujer sin razón alguna, y ahora lo pagaban así; huyendo, y con un olor a muerte acosándolos, burlándose de ellos, y jugando con sus almas.

La noche se extendió como nunca para empeorar las cosas. Las manecillas se detenían durante horas, y luego avanzaban con un ruido que, por momentos, cubría la noche en una angustiante desesperación. Igual a la que se reflejaba en los ojos de Don José, que atacaba la ventana en busca del sol, que parecía estar en contra de ellos. Asesinos. El sol no saldría hasta que la muerte hubiera cruzado la puerta, o mejor aún, hasta que ellos la cruzaran para encontrarse con ella, que los esperaba paciente.

Cada parte de su cuerpo adquirió entonces una importancia que jamás había percibido. Sintió sus piernas, sus muslos, su vientre. Pensó en sus ojos y en todas las cosas



De la serie Xochimilco



De la serie Xochimilco

que habían mirado. Se arrepintió. Quería vivir y tener tiempo para cambiar y ser otro. No podría. Hubiera gritado su perdón a la oscuridad, pero tenía miedo. Quizá la muerte podría escucharlo, y lo encontraría más fácil, y no precisamente para aliviar su pena, sino para cegar su vida.

Sí; le tenía miedo a la muerte y no le importaba aceptarlo. Jamás la había sentido tan cerca. Podía sentir su olor, sus pasos, y su respiración. Sus manos recorriendo la puerta con excitantes movimientos que lo aterraban. Estaba ahí. Detrás de la ventana, mirándolo. Acosándolo por todo el mal que había hecho. Deslizándolo su lengua bajo sus párpados. Clavándole las uñas en sus pupilas para que jamás pudiera cerrar los ojos.

Así pasaron las horas. Hasta que bajo la sombra de su rostro el sol comenzó a teñir el cielo de un rojo que aumentaba su locura. Era como si una lágrima de sangre hubiera caído sobre la luna, para convertirla en sol, y se divirtiera aumentando su martirio; destruyendo sus ojos de viejo que ya no valía nada; que estaban comprimidos por el terror.

La peste continuó acorralándolo y la desesperación había abandonado a la razón hacía mucho rato. Estaba mal; peor que nunca. La noche se alejaba por fin y tendrían que salir. Pero no. El olor a muerte no se iba, y él no estaba dispuesto a enfrentarla. Se quedaría ahí hasta que sus ojos se cerraran de cansancio, y la muerte se olvidara de él. Sería un juego de resistencia. Un juego en el que él, si no se rendía, sería el ganador.

—*Rubén.*— Sacudió Don José a su compañero.— *Rubén levántate.*

Aquel, con el sueño aún dentro de su piel, se despertó alterado

—*¿Qué pasa! ¿Qué!*

—*Rubén, vete ya. Yo me quedo aquí.*

—*¿Qué?*— Preguntó Rubén sin comprender, y mirando a la ventana para calcular la hora.

—*Que no iré a ninguna parte.*

—*No diga tonterías, Don José.*— Se sentó Rubén en la cama.— *Nos vamos ahora mismo.*

—*No, Rubén; yo no voy.*

—*¿Se ha vuelto loco?*

—*No, o tal vez sí; no lo sé.*

—*¿Pero qué le pasa Don José?*

—*¿Sigues sin sentir el olor a muerte, Rubén?*

—*Dios mío, ¿sigue con eso?*

Don José miró hacia al exterior con tristeza y no contestó. Rubén se acomodó su ropa y se acercó hasta él.

—*Tenemos que irnos; entienda. Los que matamos fuimos nosotros, y si no nos vamos...*

—*¡No iré a ningún lado!*— Lo interrumpió Don José.— *Vete tú que eres joven. Yo me quedo aquí; no pienso salir nunca.*

—*No quiero dejarlo solo.*— Replicó Rubén.

—*Tendrás que hacerlo.*

El remordimiento comprimió las entrañas del joven hasta acorralar su voz. ¿Por qué le había hecho eso a ese hombre? ¿Por qué a él que estaba tan sólo? La pobreza. Siempre es ella la que toma la mano del necesitado, y el estómago, que es donde se siente más, para guiarlo a hacer las cosas más atroces. Matar, robar, perderse; huir, o suicidarse, como había hecho su padre. No; no tenían perdón. Jamás habían matado pero ahora eran unos vulgares asesinos que no valían nada. Sí; aquel viejo tenía razón. El olor a muerte estaba por todos lados. Más ahí donde el hambre lo era todo. Donde la muerte lo era todo. Donde todos estaban muertos desde antes de nacer.

No se pudo despedir de él; lo había arruinado. Lo había llevado a la locura. Cerró la puerta sin esperar nada. Anduvo por un camino desconocido y jamás se volvió a saber de él. Se perdió. Quién sabe si vivió alguna vida.

Don José quedó tendido en la cama como si ya hubiera estado muerto. Y lo estaba; la muerte había ganado como siempre lo hace. Aprovechó el momento en que salió Rubén, para deslizarse al interior del cuarto, y le cayó encima. No luchó. Se entregó a ella con el terror comprimiendo sus articulaciones, y los ojos fuera de sus órbitas. Todo había terminado. Había matado y ahora tenía que morir. Lástima. No por él, sino por “Mono”, que fue su último pensamiento, y el único ser que lo quiso. Ahora se quedaría solo, y pronto moriría también. Lástima. Lástima por ese hermoso perro. Adiós.

Cerró los ojos para siempre.

—*Josefina.*— Despertó Ramón, tres noches después, a su esposa con la que vivía dos casas más allá.— *Por favor, despierta.*

Josefina abrió los ojos, y se sacudió el sueño.

—*¿No te huele a muerte?*— Preguntó Ramón.

Josefina asintió.

Tres días. Sólo tres días habían bastado para que sintieran entre ellos aquel terrible olor a muerte. •

JONATHAN MINILA ALCARAZ. Escritor y cuentista. Correo electrónico: jminila@hotmail.com